

gullecido de su valor y sus armas, que no aprecia cosa alguna superior á sí mismo. Cretense de nacimiento, no era Hítrias menos dorio por sus sentimientos que por su naturaleza y las formas de su diccion. «Poseo una gran riqueza: es mi lanza, y mi espada, y mi hermoso escudo largo, muralla del cuerpo. Sí, con esto labro, con esto siego; con esto piso la uva que la vid produce; con esto tengo esclavos que me llaman señor. Ellos no son bastante esforzados para tener una lanza, ni una espada, ni un hermoso escudo largo, muralla del cuerpo. Todos caen aterrados y me abrazan la rodilla exclamando: Señor! y: Gran rey!»

En su cancion jónica se aproxima Calístrates al sistema métrico de los poetas de la escuela de Lésbos. Sus estrofas constan de cuatro cortísimos versos que solo contienen combinaciones muy sencillas del yambo y del troqueo con el dáctilo ó sus dos equivalentes. La cancion dórica de Hítrias se compone de versos análogos, pero de longitud desigual, siguiéndose unos á otros hasta el fin, sin apariencia de estrofa ni indicacion de pausa.

CAPÍTULO XIII.

Píndaro.

VIDA DE PÍNDARO.—JUICIO DE HORACIO SOBRE PÍNDARO.—ODAS TRIUNFALES.—CARÁCTER DE LAS ODAS TRIUNFALES.—VARIEDAD DE LAS ODAS TRIUNFALES.—VERSIFICACION DE PÍNDARO.—PLAN DE LAS ODAS DE PÍNDARO.—EPISODIOS PÍNDARICOS.—OSCURIDAD DE PÍNDARO.—FRAGMENTOS DE PÍNDARO.

Vida de Píndaro.

En Cinoscéfales, aldea de Beocia sita á corta distancia de la ciudad de Tébas, nació en 522 Píndaro, el poeta lírico

mas ilustre de Grecia. Era de una familia de músicos, y su padre, ó segun otros, su tio, pasaba por excelente flautista. Por lo que á él respecta, casi era aun niño cuando manifestó sus disposiciones poéticas: á los veinte años ya componia odas triunfales en honra de los atletas vencedores en los juegos sagrados. La segunda *Pítica*, dedicada al tésalo Hipócles, es precisamente del año 502. Segun mas arriba hemos dicho, tuvo Píndaro por maestro á Laso de Hermiona, poeta que, si bien mediano quizá, conocia á fondo la teoría de su arte. Luego de sus primeros ensayos, vémosle muy acreditado en todos los puntos de Grecia: los tiranos Teron de Agrigento y Hieron de Siracusa, los reyes Arcesilao de Cirene y Amintas de Macedonia, los Alévadas y los Escópadas, todas las ciudades libres, todas las familias opulentas, se disputan su presencia y pagan á gran precio los menores elogios de su musa. Los atenienses le otorgan el título y privilegios de *proxeno*, esto es, de huésped público de la ciudad; y los habitantes de Céos, á pesar de que tienen sus poetas nacionales, le encargan la composicion de una plegaria para una procesion solemne. Viaja Píndaro por toda la Grecia prodigando los tesoros de su ingenio, y muéstrase benévolo con todos, dorios, eólios ó jonios, sin distincion de clases ni personas.

Su dilatada vida fué casi un triunfo continuo. Algunas derrotas en los certámenes literarios y ciertas cuestiones con algunos poetas rivales, turbaron tal vez con bastante frecuencia la serenidad de su alma; pero inclinámonos á creer que pronto prevalecia la razon, calmando los sufrimientos del amor propio y de la vanidad. Píndaro solia residir en Tébas, en aquella casa que respetó Alejandro al arrasar la

ciudad; allí vivieron mucho tiempo los descendientes del poeta, honrados en conmemoracion de su progenitor, con importantes privilegios; y allí probablemente murió Píndaro á los ochenta años, colmado de gloria, de riquezas y distinciones de toda clase, y lo que vale mas, digno del entusiasmo de sus contemporáneos, legando á la posteridad monumentos imperecederos.

Juicio de Horacio sobre Píndaro.

La oda á Julio Antonio (1), en la cual trata Horacio de aquilatar á Píndaro, es todavía, todo bien considerado, lo mas claro, satisfactorio y completo que jamás se ha escrito del lírico tebano: es el juicio de un inteligente que tenía á la mano la obra vasta y prodigiosamente variada cuyas tres cuartas partes á lo menos han perecido. La que poseemos se halla incólume. «Querer rivalizar con Píndaro, es elevarse, Julio, con las alas de cera fabricadas por Dédalo, para dar un nombre al trasparente mar. Cual torrente que, acrecentado por las tempestades, se despeña de los montes y cubre las conocidas riberas, así hierve, así se desborda profundamente caudaloso el grande ingenio de Píndaro. Suyo es el laurel de Apolo, ora en sus atrevidos ditirambos exponga un nuevo lenguaje y se arrebate en desordenados ritmos, ora cante á los dioses y á los hijos de los dioses, reyes cuya diestra vengadora aniquiló á los centauros y la llama de la temible Quimera; ora celebre al atleta ó el corcel que la victoria conduce de Elida, cargados de inmortales palmas, y les erija un monumento mas duradero que cien estatuas; ora llóre á un joven esposo arrebatado á una desconsolada esposa

(1) Horacio, *Carmina*, lib. IV, oda II.

y le arranque de la noche infernal elevando hasta las estrellas su fuerza, su valor y sus costumbres de la edad de oro. Una inspiracion vigorosa sostiene siempre al cisne de Dirce, cuando sube á la region de las nubes: por mí...» Quintiliano solo dice algunas palabras vagas, ateniéndose por otra parte al fallo de Horacio, quien proclama inimitable á Píndaro. Tocante á los modernos, y nos referimos principalmente á nuestros escritores de los tres últimos siglos, por lo general no han hecho mas que disparatar respecto de Píndaro, así los detractores como los apologistas. Digamos empero que La Harpe no cayó en el error comun, sino que supo hacer justicia al ingenio del poeta, y lo que es mas, explicar y dar á conocer algunos de los méritos de esta admirable poesía, no reconocidos por sus contemporáneos, que se apoyaban en las autoridades de Fontenelle y Voltaire.

Odas triunfales.

De todos los cantos á que alude Horacio, de todos los *ditirambos*, himnos religiosos, *peanes*, *prosodias*, *partenias*, *hiporquemas*, *odas encomiásticas*, *trenos* y *escolios* que compuso Píndaro, solo quedan fragmentos; pero tenemos las *Odas triunfales*, *Ἐπιθίμα*, y las tenemos todas perfectamente conservadas: *Olimpicas*, *Píticas*, *Némeas*, *Istmicas*. Olfried Müller opina que esta coleccion se ha salvado al través de los siglos, merced á la reconocida superioridad de las obras que la componian sobre las demás de Píndaro. Con todo, Horacio no pone en primera línea los cantos de victoria; y es dudoso que Píndaro se superase á sí mismo precisamente cuando cantaba á hombres para él desconocidos, y cuando cogia la lira, no por deber, ó llevado de un repéntino entu-

siasmo, sino por interés ó condescendencia. Si para explicar la conservacion de las odas triunfales hubiésemos de apelar á otra causa que la mera casualidad, no la buscaríamos en la hipotética superioridad de que habla Müller. Estos cantos eran, digámoslo así, los archivos de un sinnúmero de familias que descendian ó pretendian descender de los héroes por Píndaro celebrados: la vanidad de aquellas y el culto de las tradiciones antiguas multiplicarian con preferencia las copias de estos poemas, y por consiguiente disminuirian para ellos las probabilidades de destruccion.

Carácter de las odas triunfales.

Por lo demás, aquí es donde especialmente hemos de buscar á Píndaro, si queremos formarnos una idea de su carácter y su ingenio. No se crea que el poeta abdicase nunca su dignidad de hombre, ni la independencian de sus juicios cuando se prestaba á satisfacer los antojos mas ó menos vanidosos de sus huéspedes: con frecuencia da á sus héroes grandes y nobles lecciones; no es parco de amonestaciones, aunque se dirija á sus poderosos y temibles protectores Hieron y Arcesilao; proclama ante ellos que la tiranía es odiosa (1), que el mérito y la virtud son los únicos bienes verdaderos, y siempre acaban por triunfar de la ceguedad del vulgo y de la calumnia (2); representa como una amenaza eternamente suspendida sobre la cabeza de los que abusan de la fuerza, la suerte de Tántalo, Ixion, Tifon y Fálaris (3); reclama enérgicamente contra el injusto des-

(1) Píndaro *Píticas*, oda II.

(2) *Id.*, oda IV.

(3) *Olimpicas*, oda I: *Píticas*, odas, I, II, III.

tierro de Damósfilo, á quien Arcesilao tenia extrañado de Cirene, y que vivia en Tébas suspirando en vano por su indulto (1). Nada hay en Píndaro que trascienda á vil condescendencia ó á venalidad. Siempre y en todo es digno el poeta tebano de declararse, como lo hace, intérprete de las leyes divinas. Respira en sus versos una pura y santa moral; las escenas que á la vista expone no son menos propias para levantar que para deleitar el ánimo: son, por ejemplo, Polux que se sacrifica por Cástor (2), Antíloco que muere por su padre (3). Sin ser filósofo de profesion, suelta Píndaro de vez en cuando sentencias profundas é imágenes sorprendentes en que se revela el pensador que ha meditado con detenimiento sobre las cosas humanas. «¿Qué somos? ¿Qué no somos? El sueño de una sombra: tal es el hombre (4).» Elocuencia es esta que puede compararse con la del salmista penitente. El amor propio nacional no le alucina sobre los defectos de sus conciudadanos, ni sobre las virtudes de los extranjeros. Es sabido que los tebanos, durante las guerras medas, se declararon por los persas contra los griegos: atenuó Píndaro su traicion, y en algunos cantos manifiesta claramente su admiracion por el heroísmo de los vencedores de Salamina y Platea; insiste particularmente en los servicios prestados á la causa comun por los eginetes, y como segun las antiguas leyendas de la raza dórica tenia Egina un estrecho vínculo de parentesco con Tébas, parece que trata indirectamente de levantar, segun la expresion de un crítico, la humillada frente de la Beocia.

(1) *Píticas*, oda IV.

(2) *Némeas*, oda X.

(3) *Píticas*, oda VI.

(4) *Id.*, oda VIII.

Variedad de las odas triunfales.

Los cantos de triunfo compuestos por Píndaro son muy variados de asuntos, extension, estilo, y hasta de forma. Los que tienen estrofas sin éodos se cantaban probablemente por una comitiva que iba al templo de la divinidad de los juegos, ó á la casa del vencedor; pero á veces se cantaban también himnos con éodo, para lo cual bastaba que el cortejo se detuviese á intervalos regulares. Casi todos los poemas con éodo se cantaban durante el *comos*, ó regocijo que terminaba la fiesta después de los sacrificios y acciones de gracias á los dioses. Así lo atestiguan estas expresiones, tan frecuentes en Píndaro: *himno epicomiano*, *melodía encomiana*.

La lengua de Píndaro dista de ser puramente dórica. El fondo es épico, y las formas dóricas ó á veces eólicas que el poeta la presta no están determinadas, como pudiera creerse, solamente por una voluntad antojadiza; casi siempre las decide la forma métrica y musical, recurriendo al dialecto más análogo al nomo adoptado; y por consiguiente, más en consonancia con la naturaleza y el sesgo de los sentimientos é ideas. En la actualidad aun podemos distinguir tres clases de himnos en la colección: los hay dóricos, eólicos y lidios. En los dóricos se hallan los mismos ritmos que en los coros de Estesicoro, y en especial los sistemas de dáctilos y de dipodios trocáicos, que casi tienen la nobleza y majestuosa gravedad del hexámetro. El carácter de estos himnos tiene algo particularmente digno y sosegado; las relaciones mitológicas son extensas; el poeta se ciñe más estrechamente á las condiciones generales de su asunto,

y descarta su personalidad y sus propios sentimientos en pro del armonioso conjunto. Por el contrario, los ritmos de las odas eólicas son los metros ligeros que gustaban á los poetas lesbenses, y de que ya hemos hablado. En ellas sobre todo, Píndaro está en su centro: su dición es viva, rápida y á menudo caprichosa; á veces el poeta se detiene en medio de una relación lanzando alguna inesperada apóstrofe; mézclase á sí mismo en todo lo que dice, y habla con su héroe en un tono menos solemne que de ordinario, el cual cobra por momentos un viso de familiaridad; nos entera de sus relaciones con aquel á quien celebra, y de sus cuestiones personales con sus rivales literarios; alaba su propio estilo y deprime el de los demás. En suma, la oda eólica, como lo observa Otfried Müller, es más variada y viva, menos elevada y uniforme que la dórica. En efecto, nada más diferente que la primera *Olimpica*, con sus risueñas y brillantes imágenes, y la segunda, en la cual domina un tono melancólico, ó bien la nona, animada de un soplo de orgullo que mantiene constantemente al poeta en las altas regiones, sin darle tiempo para tocar por un momento la tierra. El lenguaje de las odas eólicas es más atrevido, y tiene un curso menos regular y menos fácil de discernir. Las lidias son escasas en número, comparativamente con los otros dos géneros: su metro, en general, es trocáico y muy suave, guardando perfecta consonancia con la expresión de los afectos tiernos y religiosos. Píndaro apenas empleó el modo lidio, sino en las odas que habían de cantarse durante la procesion que iba al templo ó al altar, y en la que se imploraba humildemente el favor de alguna divinidad.

Versificación de Píndaro.

No es fácil decir cómo están contruidos los versos de este poeta, ni siquiera determinar dónde comienzan y dónde terminan. Si los versos de las odas pindáricas estuviesen escritos indistintamente unos tras otros, pudiérase desafiar á todos los métricos del mundo á encontrar las verdaderas divisiones. Los manuscritos dan suficientes indicaciones tocante á la division en estrofas, antiestrofas y épodos, ó en algunos casos en estrofas solamente. En cuanto al verso, permiten cualquier libertad á los editores: unos lo dan mas corto, otros mas largo; lo cual dimana de que Píndaro no escribió versos propiamente tales, versos que se midan de un modo incontestable, como el hexámetro ó el yámbico, ó bien como los versos de Safo y Alceo. Cada parte de la oda es una série continua de ritmos mas ó menos perceptibles, no sujetos á las reglas de la verdadera versificación, sino á las del acompañamiento musical. A los que hablan de los versos de Píndaro, ó que se figuran que en griego, como en francés, todo lo que no es prosa es verso, y todo lo que no es verso es prosa, el hombre instruido puede preguntarles sencillamente si nunca han medido un verso, un solo verso de Píndaro.

Plan de las odas de Píndaro.

Pasó ya la época en que andaban en lenguas entre los literatos el delirio pindárico y el desórden, segun unos admirable y segun otros casi ridiculo, de las composiciones del poeta tebano. Hijos de la prevencion ó de la ignorancia, esos asertos han desaparecido ante un estudio profundo del

texto de Píndaro. Todas las odas tienen un plan arreglado que determina su economía. Un aleman, llamado Dissen, quiso representar con cierto número de fórmulas geométricas las diversas disposiciones á que se reducen en Píndaro todas las combinaciones de A, asunto directo de la oda, con B, asunto indirecto, mítico, y C, segundo asunto indirecto, no mítico, y D, tercer asunto indirecto, tampoco mítico. Esto es la supersticion, ó si se quiere, la manía de la regularidad. Sin embargo, aunque carezcan de condiciones matemáticas, los planes de Píndaro son reales y visibles para quien tiene buenos ojos. Obsérvese tambien que el poeta no cantaba sin que hubiese recibido de su héroe ciertos datos positivos, ciertas noticias indispensables, conviniendo con él en una especie de programa, y obligándose á consignar en su obra tal ó cual hecho particular, tal ó cual idea principal, lo que por otra parte no era incompatible con su libertad. A eso alude él mismo en algunos pasajes, como por ejemplo en los siguientes: «Mas diria, si no me lo impidiesen el programa á que he de atenerme y las horas que urgen (1).» «Y vosotros, Eácidas de áureos carros, sabed que mi programa mas claro es no abordar nunca en vuestra isla sin colmaros de elogios (2).» Muchas veces se interrumpe en medio de los mas vivos arranques de su númen, para advertirse á sí mismo que ha de circunscribirse á los límites que le están trazados, tratar aun cierto punto de que se olvidaba, y segun su expresion, pagar su deuda, merecer su salario.

El plan uniforme de la oda pindárica se compone de cua-

(1) Píndaro, *Némeas*, oda IV.

(2) Id., *Istmicas*, oda V.

tro partes, á saber: el elogio del vencedor, el de su familia, el de su patria, y el de los dioses protectores de los juegos y dispensadores de la victoria. Para animar y diversificar su materia, para darla forma y vida, acude Píndaro á los tesoros de las leyendas mitológicas, trae á la memoria las tradiciones antiguas, da lecciones y consejos á sus héroes, hace votos por su felicidad, siembra máximas, invoca á los dioses, ensalza su arte y habla de sí mismo. Estos elementos se mezclan en varias proporciones, pero no á la ventura: advínase fácilmente la razon por que se ha preferido una combinacion á otra, y creemos que no incurrimos en la nota de temerarios pretendiendo saber las grandes direcciones del pensamiento de Píndaro. O el poeta se limita estrictamente al elogio del héroe y á lo que permite el arreglo ó disposicion comun de la oda, y entonces el plan es sumamente sencillo; ó mezcla con este elogio relaciones episódicas, y el plan es complejo: hay un asunto directo, uno ó mas asuntos accesorios, y un pensamiento general que constituye la unidad del conjunto.

Al principiar Píndaro casi siempre anuncia el asunto de su canto, el género de la victoria y el nombre del vencedor; á lo cual suelen seguirse narraciones de varias clases, religiosas ó épicas, que forman gran parte de la obra, y á veces la mayor; volviendo al fin las alabanzas del héroe, que sirven de conclusion. Poquísimas veces termina el himno con el episodio.

Episodios pindáricos.

No son los episodios, como tanto se ha dado en decir, adornos poéticos añadidos sin mas razon que su belleza, y

destinados sencillamente á cubrir la desnudez del asunto. Los héroes que conmemora Píndaro al ensalzar á su vencedor son con frecuencia los mismos antepasados de quienes pretende este descender, ó los fundadores de su ciudad natal, ó los instituidores de los juegos en que ha triunfado de sus rivales. No hay una sola oda en honra de un vencedor eginete en la que no celebre Píndaro la ilustre estirpe de los Eácidas, cuyo nombre acudia por sí mismo á la mente en nombrando á Egina. Otras veces los sucesos de la edad heroica se presentan como una especie de espejo en que el vencedor ha de reconocer la imágen idealizada de su propia vida, de los trabajos y peligros que ha sufrido. Otras en fin, hay entre la leyenda, ó mejor, entre la alegoría, una leccion, un prudente consejo, en el cual parará mientes para aprovecharlo. Pelópe y Tántalo, en la primera *Olimpica*, son dos tipos en que Hierón podia reconocerse, aquí por sus vicios, y allí por sus virtudes. Las relaciones mas extensas, como por ejemplo la de la expedicion de los argonautas en la cuarta *Pitica*, tambien tienen su objeto, y distan mucho de ser imitaciones líricas de la epopeya. Parece que el poeta se aparta de su plan; pero en realidad no pierde de vista su asunto. En la cuarta *Pitica* su propósito es reclamar para Arcésilao, rey de Cirene, el honor de descender de los conquistadores del vellocino de oro; y si insiste en trazar los caracteres de Pélias y Jason, del tirano receloso y del noble proscrito, esto le sirve de preliminar á la reclamacion con que da fin al poema, en favor de su amigo Damófilo.

Oscuridad de Píndaro.

Cumple notar que Píndaro deja siempre muchísimo que

adivinar al entendimiento de su lector. Oculta sus vias, afecta vaguedad é incertidumbre en su verdadero designio, á fin de proporcionarnos la satisfaccion de descubrirlo nosotros mismos; desea al parecer que le creamos á cada paso extraviado del camino recto por su ardor poético, como cuando vuelve de pronto á su tema despues de un largo episodio, y cuando con motivo de una frase proverbial se derrama en una narracion á veces muy prolija. Decian los griegos que era imposible penetrar por mar ó por tierra en el país de los hiperbóreos. La historia de la permanencia de Perseo en aquel pueblo fabuloso, que en la segunda *Pítica* ocupa un notable lugar, parece á primera vista que viene allí casualmente, y como á remolque del proverbio; pero de un exámen atento resulta que en este caso, y en los demás pasajes análogos, la incoherencia no es real, y que la leyenda tiene relacion con el asunto. El mismo Píndaro confiesa en alguna parte que se requiere inteligencia y reflexion para comprender bien la significacion oculta de sus episodios; despues de una descripcion de las islas de los Afortunados, añade: « Debajo del codo, y en el fondo de mi carcaj, poseo muchas saetas rápidas que tienen voz para los entendidos; pero el vulgo no las comprende (1). »

Este poeta, que no cantaba para todos, sino solo para los talentos privilegiados, y que encubria su pensamiento ó le daba mil giros extraordinarios é imprevistos; este poeta, tan dado á las alusiones, alegorías y metáforas, es de penosa lectura, y no agrada hasta que se han hecho perseverantes esfuerzos; pero cuando se han vencido los obstáculos y penetrado las oscuridades históricas, mitológicas, litera-

(1) Píndaro, *Olimpicos*, oda II.

rias y gramaticales, vese descollar un ingenio de primer orden, un entendimiento elevado y profundo, un vate inspirado, un incomparable artesano de estilo. Desgraciadamente para nosotros, ningun poeta griego ofrece mayores dificultades que Píndaro para trazar su imágen con una traduccion, sobre todo en lengua francesa. Por mas fiel que la supongamos, siempre veremos á Píndaro con los rasgos mas groseros de su fisonomía. Hay en él tal palabra que por su forma, por el lugar en que brilla y por las ideas ó sentimientos que excita, es por sí sola todo un cuadro, todo un bajo relieve, todo un poema; y á veces esta palabra no tiene equivalente en francés, de suerte que el traductor se ve reducido, bien ó mal de su grado, á desvanecer toda su gracia, energía y significacion, con una insulsa y á menudo ridícula paráfrasis.

Faltaríamos empero al fin que nos proponemos, si no transcribiéramos algun pasaje, escogido entre los menos susceptibles de desmejora al verterse del griego al francés. No tomaremos pues el principio de la primera *Olimpica*, objeto en otro tiempo de tan acaloradas controversias, ni ninguno de los trozos que en nuestro idioma calificaríamos de pindáricos, en el sentido vulgar de esta voz; sino algun pasaje sencillo, á lo menos relativamente, y sobre todo claro, expresivo de algun sentimiento que el tiempo no haya borrado del corazon humano desde la época de Píndaro. Tal nos parece el relato del sacrificio de Polux, en la décima *Némea*.

« Castor y Polux pasan alternativamente un dia en la morada de Júpiter, su querido padre, y un dia debajo de los antros de la tierra, en los sepulcros de Terapna, com-

partiendo de esta manera el mismo destino. Polux prefirió esta existencia á ser enteramente dios y habitador del cielo, despues que Castor pereció en un combate. Que Idas, airado del robo de sus bueyes, habia atravesado á Castor con su lanza de bronce.

« De lo alto del Taigeto descubrió Linceo á los Tindáridas, sentados en el tronco de una encina; Linceo, cuyos ojos eran los mas penetrantes de todos los ojos mortales. Al punto parten con rápido paso los hijos de Afareo (Linceo é Idas), y apresúranse á dar un golpe atrevido; pero fueron cruelmente castigados por las manos de Júpiter. Lánzase inmediatamente en su seguimiento el hijo de Leda, y ellos le vuelven la cara cerca del sepulcro paterno: arrancan una piedra labrada, ornamento sepulcral, y la arrojan al pecho de Polux; pero no derriban al héroe, ni le hacen retroceder. Sigue Polux adelante, armado de un dardo veloz, y hunde el bronce en el costado de Linceo. Luego Júpiter hiere á Idas con el encendido y humeante rayo...

« Presto vuelve el Tindárida al lado de su valiente hermano; Castor aun no habia espirado: encuéntrale estertoroso. Vierte ardientes lágrimas, y exclama en alta voz: « ¡ Hijo de Crono, oh padre mio! ¿ cuál será el término de mi dolor? Envíame tambien, dios poderoso, la muerte como á él... »

« Dijo; Júpiter se le presentó, y hablóle de esta manera: « Tú eres hijo mio; pero este recibió la vida del gérmen mortal depositado mas adelante en el seno de tu madre por el héroe su esposo. Ahora bien! lo dejo enteramente á tu eleccion: si quieres, exento de la muerte y de la odiosa

vejez, morar en el Olimpo con Minerva y Marte el de la lanza negra de sangre, esta suerte será la tuya; pero si te encargas de la causa de tu hermano, y tratas de compartirlo todo con él, respirarás la mitad del tiempo debajo de la tierra, y la otra mitad en los áureos palacios del cielo.»

« Así habló Júpiter; y Polux no vaciló. Entonces Júpiter abrió los ojos y luego los labios de Castor el del tahallí guarnecido de bronce.»

Fragmentos de Píndaro.

Ahora seria bien estudiar los fragmentos, en general muy cortos, de los demás poemas, para descubrir algun nuevo lado del ingenio de Píndaro; pero estos fragmentos de peanes, prosodias, ditirambos, etc., nada tienen que sea muy característico, y casi no ofrecen mas que materiales análogos á los que podemos admirar en todo su esplendor, y no deslucidos y gastados, en las odas triunfales. Son, por ejemplo, máximas morales, metáforas atrevidas, invocaciones á algun dios, y brillantes descripciones. ¿ Quién reconoceria en una pintura, aunque muy hermosa, de la felicidad de los justos despues de la muerte y del castigo de los malos, los trenos en que el poeta lloraba, como dice Horacio, un jóven esposo arrebatado á una esposa afligida? Solo tienen verdadera importancia literaria los restos de los escolios. Una de estas canciones, dedicada al hermoso Teóxenes, de Tenédos, ha llegado íntegra hasta nosotros; otra, sobre las cortesanas de Corinto, tiene dos claros imperceptibles. No se trata en ellas de la altivez marcial de Híbias, ni menos de la pasion política de Calístrates; allí solo campean el amor y el placer. Sentimos que la índole de los

asuntos no nos permita trasladar aquí estas obritas maestras, en las cuales veríamos á Píndaro bajo un aspecto muy diferente del en que acostumbramos contemplar al cantor de los Hierones y Arcesilaos. El tono del poeta ya ha perdido la gravedad dórica: Píndaro se nos presenta con una jovialidad graciosa que en vano buscaríamos en las odas triunfales, y que no excluye los sentimientos melancólicos, ni un ligero sabor de ironía. No parece sino que se acuerda de Anacreonte y su sonrisa.

CAPÍTULO XIV.

Teólogos y filósofos poetas.

ESCUELA ÓRFICA.—POETAS ÓRFICOS.—FILÓSOFOS POETAS.—JENÓFANES.—PARMÉNIDES.—EMPÉDOCLES.—PITÁGORAS.

Escuela órfica.

Los aedas religiosos de la época antehoméica habían tenido herederos; pero la poesía sacerdotal, destituida de cualidades brillantes y casi de todo interés popular, cayó durante algunos siglos en una profunda oscuridad, eclipsada por los esplendores de la epopeya y la elegía. No tiene duda que casi todos los santuarios conservaron sus cantores particulares, distintos del vulgo de los poetas, y depositarios de las antiguas tradiciones. Estos aedas cantaban para los iniciados do quiera que al lado del culto público y oficial había otro culto, secreto y místico; pero la muchedumbre ignoraba sus obras, ó no las comprendía, ó no hacia ningún caso de ellas, en comparación de los poemas de Homero, Hesíodo, Calino y Tirteo: puede decirse que permanecieron

en estado latente, y como si no hubiesen existido para los griegos. Con todo, cuando nació en Grecia la filosofía, había poemas más ó menos importantes en que estaban expuestas, en forma mítica, ciertas concepciones cosmogónicas, teológicas y morales, diferentes de las ideas que corrían en el pueblo, de las que Homero y después Hesíodo habían interpretado armoniosamente. En la misma época existía también una escuela de poetas místicos que se daban el nombre de órficos ó sectarios de Orfeo, y que, con razón ó sin ella, pretendían relacionarse, por una no interrumpida cadena, con el aeda de Pieria, y poseer el depósito auténtico de las doctrinas del maestro. Los órficos estaban esparcidos en varios puntos, y á lo que parece ejercían mucho influjo, no quizás por su ingenio ó por la superioridad de su talento, sino porque enseñaban á los hombres altas y consolatorias doctrinas.

Los poetas teólogos reunidos bajo la invocación de Orfeo se ocupaban particularmente de la naturaleza del alma y de su destino después de la muerte, y por lo común se consagraban al culto de Baco; pero este Baco no era el Dioniso popular, el dios del comos y del ditirambo, sino una deidad de orden más severo, en quien se personificaban los placeres y las penas de la vida. Dioniso Zagreo, como ellos le llamaban, el cazador de las almas, según el significado de su apellido, participaba en su concepto del poder de Hades ó del rey de los infiernos: él era quien presidía la purificación de nuestra alma en esta vida, y aseguraba á nuestros méritos la inmortalidad, con sus castigos ó premios. El culto particular que tributaban al dios no tenía el carácter entusiasta y desordenado que se advertía en las